

EL PAISAJE EN "MARÍA"

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Un viaje retrospectivo

Quizá el lenguaje de "María" nos parezca hoy, en plena era atómica, un poco anacrónico. Yo invito a mis lectores a que hagamos un viaje por la sangre de nuestros padres y abuelos, un regreso por ese cauce amoroso y eterno, de la mano de la inmortal novela de Isaacs.

En el pecho ya vuelto rosal de nuestras abuelas, palpita aún el corazón enamorado que "María hizo temblar de emoción. En las manos convertidas ya en robles de nuestros abuelos, hay todavía rosas que ellos cortaron al conjuro de esas páginas hoy amarillas, para llevarlas temblorosas a las ya idas abuelas...

El romanticismo en el paisaje

Siempre he creído que el pueblo les ha dado la espalda a los poetas de ahora a causa del lenguaje que estos emplean. Nuestros novísimos bardos escriben para ellos mismos, vale decir para un pequeño núcleo de privilegiados. Su poesía es cerebral, para entenderla se necesita "estar iniciado", y no pocas veces es preciso tener brújula para llegar a sus predios laberínticos.

Es claro que no abogo por un regreso al romanticismo. Esta escuela literaria tuvo su hora, tradujo un estado de alma colectivo en un momento dado de la historia y la sensibilidad de las gentes. Pero tampoco creo que el romanticismo haya muerto del todo. Ya lo dijo el poeta: "¿Quién que es, no es romántico?".

¿Podrán morir ciertas estrofas de Pombo, algunas de los dos Caros, de Fallon, de Gutiérrez González, de Arboleda, de Rivas Groot, de Flórez? Ciertamente, no.

Tampoco se olvidarán ciertas páginas de "María", sobre todo aquellas en que Isaacs expresa su amor o su emoción en estrecha comunión con el paisaje y la tierra natales.

La trama de "María" puede parecernos hoy ingenua y fuera de lugar. Muchas personas sonreirán al repasar algunas escenas lánguidas y recargadas de sentimentalismo y de llanto. Los diálogos desesperarán a los jóvenes de ahora, sin tiempo para esas exquisiteces amorosas que embele-

saban a nuestros antepasados. Pero el paisaje, que es en la novela de Isaacs la base incommovible que la sostiene, no morirá jamás.

Por eso he querido destacar ese aspecto de la obra de nuestro escritor. Porque lo considero fundamental, y quizá el que le ha dado la supervivencia. Los personajes han languidecido, su sicología no concuerda con la del hombre moderno, el argumento resulta hoy desueto. Más las descripciones del Valle del Cauca, las costumbres allí pintadas, el lenguaje —del más puro español— y el riquísimo vocabulario, permanecen incólumes y hacen de “María” una obra maestra con pocos parangones en la literatura castellana.

Con “María” entra el paisaje en forma definitiva a nuestras letras. El es, en verdad, el gran personaje de aquella novela. Oigamos lo que dice Rafael Maya sobre la introducción del paisaje en la literatura romántica: “Efectivamente, el romanticismo restauró el prestigio de la naturaleza a quien volvieron la espalda los empolvados dómínes de los salones franceses. La naturaleza entró de lleno en el arte, y sucedió como cuando se abren las ventanas de una habitación cerrada por muchos días: vino el deslumbramiento” (1).

Jorge Isaacs, lector infatigable de los grandes románticos franceses de su época (Rousseau, Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Saint-Pierre) asimiló su técnica novelística, y —como ellos— hizo del paisaje la gran armazón para su célebre novela. En el prólogo de una de las ediciones de “María” dice Enrique Anderson Imbert: “La América española venía buscando su propia expresión desde el fondo de la Colonia, pero fue el romanticismo lo que nos trajo las fórmulas teóricas de una literatura nacional: el artista —decían los románticos— debe atender la voz profunda del pueblo, porque en esa voz resuena la naturaleza, la vida, la historia. Isaacs, que estaba íntimamente constituido para gustar del paisaje, se sintió llamado por el romanticismo a la tarea de describirnos los valles, ríos y selvas del Cauca. Chateaubriand había descrito una América ideal: Isaacs describiría la América concreta en que amaba, trabajaba y luchaba” (2).

He aquí, pues, lo que antes afirmé: la clave de la inmortalidad de “María” estriba —antes que en su argumento— en el genio de su autor al haberla ideado, casi diría amasado, con su propia tierra. Y a eso le debe también su popularidad en otras latitudes. Comprueba mi aserto este párrafo del gran crítico colombiano Antonio Gómez Restrepo: “Los paisajes tropicales, que los viejos cronistas y poetas coloniales desdeñaron, porque en la época clásica era escaso el sentimiento de la naturaleza, hallaron en Isaacs su afortunado intérprete y contribuyeron grandemente a la boga de “María” en países extraños, porque lo que busca el lector extranjero es algo nuevo y distinto de lo que puede hallar fácilmente en su propia literatura” (3).

Isaacs —como Carrasquilla más tarde, y a su manera —escribe con los pies aferrados a su tierra vallecaucana: canta a sus ríos, a sus planicies, a sus puestas de sol, a sus flores, a sus árboles; describe sus costumbres y sus trajes; pinta de mano maestra a sus hombres. Y, como si

fuera poco, escribe en un castellano en el que —a veces— nos parece oír el rumor de la pluma del Manco inmortal.

El paisaje, el hombre y el amor

Para ilustrar con el ejemplo mi tesis, y para desempolvar un poco sus casi olvidadas páginas, me voy a permitir copiar algunos párrafos de la novela de Isaacs. En ellos se comprueba que el paisaje y la tierra integran con su poderosa esencia la obra.

Cuando Efraín piensa en su amada, la asocia al paisaje circundante: "A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse de mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella, ¿Qué había allí de María en la sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río?... Era que veía el Edén, pero faltaba ella..." (4).

En otra página escogida al azar leemos: "Allí, a pocos pasos del sendero que la grama empezaba a borrar, veía la ancha piedra que nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas felices tardes de lectura. Estaba, al fin, inmediato al huerto confidente de mis amores; las palomas y los tordos aleteaban piando y gimiendo en los follajes de los naranjos; el viento arrastraba hojas secas sobre el empedrado de la gradería..." (5).

¿Quién no se ha acordado de estas estremecidas frases de Efraín, al entrar reverente a "El Paraíso"? ¿No está hablándonos del célebre idilio la naturaleza circundante?

Rerifiéndose a la mujer amada cuando "refrescada la mente, vuelve ella a la memoria", dice Isaacs al comienzo del libro: "Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria fiel" (6).

Premisa estética de grandes alcances y de vigencia permanente.

La comunión del hombre con la naturaleza aparece en este pasaje: "Las auras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas para venir a jugar con los rosales que nos rodeaban. El viento voluble dejaba oír por instantes el rumor del río. Aquella naturaleza parecía ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir a un huésped amigo" (7).

El recuerdo también se viste con ropajes de paisaje: "Era ya la última jornada de mi viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana de verano. El cielo tenía un tinte azul pálido; hacia oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubes de oro, como las gasas del turbante de una bailarina, esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales; en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas" (8).

El paisaje como héroe máximo de "María", irrumpe a cada paso. He aquí esta acuarela sin par: "Las verdes pampas y bosques frondosos del valle, se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellos algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas del río (9).

Al leer esas palabras sentimos la sensación de estar en éxtasis contemplando el Valle del Cauca desde "El Paraíso".

¿Y qué decir de la perfección de su prosa, que limita con la poesía, cuando casi fotográficamente nos describe un momento familiar en el Valle, el vuelo de las garzas?: "Las garzas abandonaban sus dormideros, formulando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento" (10).

Nadie pudo describir con más firme pincelada una hacienda de esta región como Isaacs: "La casa grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaída sobre el alto y tupido bosque del cacaotal. No se habían agotado los obstáculos para llegar, pues tropecé con los corrales rodeados de tetillal; y ahí fue lo de rodar trancas de robustísimas guaduas sobre escalones desvencijados. Vinieron en mi auxilio dos negros, varón y mujer; él, sin más vestido que unos calzones, mostraba una espalda atlética luciente con el sudor peculiar de su raza; ella, con follado de folo azul y sin más camisa que un pañuelo anudado hacia la nuca y cogido por la pretina, el cual le cubría el pecho..." (11).

Se siente en este párrafo el *olor*, además del color, de la tierra, y se advierte cómo la diestra pluma de Isaacs funde en un todo el paisaje de tierra caliente con sus moradores, hasta el punto de que no sabemos si aquel ha conformado a estos, o viceversa.

"María", un himno al Valle del Cauca

Quien en el extranjero lee a "María" se da cuenta de que sus personajes vivieron en un paraje de singular belleza, y piensa que a ellos (como al héroe de "La Vorágine" se lo tragó la selva) los devoró la excesiva paz de rincón tan idílico y feliz. Si "La Vorágine" es la novela del hombre que lucha con la naturaleza, "María" es la del hombre que se incorpora a ella.

Rivera escribió rodeado de la selva inhóspita con la pluma de alguna ave exótica de aquellas regiones, y en tal virtud "La Vorágine" es un libro fuerte, áspero y sensual como la selva misma. Isaacs, en cambio, concibió y vivió el suyo en el Valle del Cauca, uno de los rincones más paradisíacos de nuestra tierra colombiana.

Como el paisaje ejerce tan poderosa influencia en el hombre, es natural que "María" sea una obra dulce y armoniosa al par que bella, y que por sus páginas corra un leve aire de égloga. No en vano estas fueron inspiradas y brotaron en el ámbito de "El Paraíso", al compás del susurro de las acequias que en perenne abrazo rodean la casa, y del río que aún repite el nombre de María.

Y como Jorge Isaacs era un poeta y un romántico, "María" es no solamente la historia de Efraín y de su inmortal amada, sino un himno eterno a la tierra en que los dos amantes universales tuvieron un idilio.

N O T A S

(1) "Los Tres Mundos de Don Quijote y otros ensayos", Ed. Ministerio de Educación, 1952. Bogotá. (Pág. 279).

(2) "María". Ed. Biblioteca Americana, México 1951. (Pág. XXI).

(3) "Historia de la Literatura Colombiana". Ed. Ministerio de Educación Nacional. (Tomo IV). Bogotá, 1953. (Pág. 228).

(4) "María". Ed. Diana, México, 1958. (Pág. 331).

(5) Idem. (Pág. 300).

(6) Idem. (Pág. 15).

(7) Idem. (Pág. 16).

(8) Idem. (Pág. 14).

(9) Idem. (Pág. 29).

(10) Idem. (Pág. 29).

(11) Idem. (Pág. 59).

